

MILAGROS DE LA DIFUNTA CORREA

Por HUGO SAEZ

Si desean ver una verdadera vaca sagrada, salgan a la calle y observen el automóvil de la familia. Marvin Harris

Me lo contó un taxista en la ciudad de San Luis. La historia, mínima, vale la pena para ilustrar el misterio y provocar a los que se ríen de las creencias de los demás y no advierten sus propias formas de culto. Pero, bueno, primero tendría que explicar, para quienes lo ignoran, quién es, o quién era, depende de la perspectiva, la Difunta Deolinda Correa y dónde queda su santuario. En el norte de la provincia argentina de San Juan, en las proximidades de la Estación Vallecito del Ferrocarril Belgrano, y al pie de las estribaciones meridionales de la Sierra Pie de Palo, sobre el kilómetro 64 de la ruta nacional 141, se emplaza el mencionado Santuario de la Difunta Correa. Así nos ilustra la información que ya se difunde por su moderna página en Internet. O sea, su fama ya accedió a la red mundial. Su sitio geográfico tiene también un sitio virtual. La zona donde se ubica la Difunta, como la llaman con cariño y acento familiar, es de clima semidesértico y en el terreno sólo crecen algunos arbustos espinosos que en raras ocasiones exceden el metro de altura. A la letra dice la historia presentada en el mencionado sitio *web* que "en el transcurso del año 1835 un criollo de apellido Bustos fue reclutado en una leva para las montoneras de Facundo Quiroga y llevado por la fuerza a La Rioja. Su mujer, María Antonia Deolinda Correa, desesperada porque su esposo iba enfermo, tomó a su hijo y siguió las huellas de la montonera. Luego de mucho andar -cuenta la leyenda- y cuando estaba al borde de sus fuerzas, sedienta y agotada, se dejó caer en la cima de un pequeño cerro. Unos arrieros que pasaron luego por la zona, al ver animales de carroña que revoloteaban se acercaron al cerro y encontraron a la madre muerta y al niño aún con vida, amamantándose de sus pechos. Recogieron al niño, y dieron sepultura a la madre en las proximidades del Cementerio Vallecito, en la cuesta de la sierra Pie de Palo." A partir de las versiones transmitidas de persona a persona, la leyenda terminó por conformar un símbolo perfecto de la maternidad y de la tierra, de la mártir que entrega su vida para que la vida se reproduzca en su hijo. El bebé prácticamente se alimentaba de la madre tierra, ya que la inerte Deolinda había retornado a la naturaleza de la que algún día emergió con la forma de ser humano.

Desde hace muchos años, el culto de la Difunta se extendió por toda la Argentina, a punto tal que su estampita se encuentra tanto en el parabrisas de un camión de carga como en el mostrador de un pequeño almacén de barrio, que en esta época de globalización se denominan con la hipérbole *drugstore*. Se sabe que las imágenes veneradas despiden un hálito de protección sobre los desvalidos por la fortuna. En el santuario se erigieron numerosos altares en los que se depositan

las ofrendas y se colocan cartas y diversos escritos que patentizan la devoción de quienes se encomiendan a su ayuda invisible. Así, se encuentran vestidos de novias agradecidas por el deseo cumplido de comparecer ante el altar, yesos de jugadores de fútbol que se recuperaron de una lesión, en fin, hasta bicicletas, muñecas, ollas de cocina, y una multitud surrealista y desordenada de objetos. Quizá algún día nos topemos con el paraguas abandonado sobre la camilla del quirófano. La gente también deja dinero en efectivo que recoge el sacerdote de la Iglesia Católica, que con cierto sentido de la oportunidad instaló una pequeña parroquia en el lugar, aunque el Vaticano no se ha expedido sobre la santidad ni la beatitud de la Difunta Correa. Se afirma con absoluta seriedad que, si alguien intentara robar el dinero, quedaría petrificado junto al ánfora en donde éste se deposita, y sólo recobraría el movimiento si devolviera la cantidad que ha tomado.

Hay numerosas creencias aceptadas por la gente que se refieren al carácter milagroso de la Difunta y a la forma estricta de veneración que merece su figura. Por ejemplo, en ese complejo código del culto se considera una grave falta de respeto hacia ella seguir de largo por la carretera cercana sin desviarse poco menos de trescientos metros para saludar el altar. En una ocasión, hace muchos años, yo viajaba hacia la provincia de La Rioja en un ómnibus. Como el chofer ya iba con retraso decidió omitir la breve parada en aquel sitio, pese a las protestas airadas de algunos pasajeros, a las que yo no presté mucha atención. "Me disculpan, pero si llego media hora tarde a la terminal de La Rioja me multan a mí y no a ustedes", fue la respuesta convincente que ofreció el "humilde" trabajador del volante, como reza el lugar común. Habría pasado una media hora, ya atardecía y empezaba a arreciar el frío de ese clima desértico, cuando una piedra enorme brincó del camino y destrozó la mitad derecha del parabrisas. En medio del campo, a más de cien kilómetros de Olta, un caserío que difícilmente tendría un mecánico y menos aún repuestos, la situación se volvió precaria en el interior del vehículo, que amenazaba con convertirse en un auténtico congelador (o *freezer*, para que me entiendan los menos castizos). La gente, sin vacilar, empezó a sacar conclusiones. "Se lo dijimos, esto ocurrió por su falta de respeto hacia la Difuntita..." Dicen que Dios aprieta, pero no ahorca. Por rarísima casualidad nos encontramos con un solitario cartel de hojalata que en la oscuridad de aquel desierto promocionaba conocido refresco de naranja. Gracias a la acción de algunos voluntarios, se arrancó el cartel y con alambre se lo amarró para que tapara el hueco del parabrisas. La improvisada reparación alivió en parte los efectos del viento siberiano (importado es de más calidad) que se colaba a través de ese hoyo abierto por la irrespetuosidad del chofer. Y así llegamos a Olta, donde se terminó de acondicionar el cartel rellenándolo de trapos y periódicos. Recuerdo que mientras observaba esa operación se me acercó un poeta del pueblo y por pura curiosidad y casualidad me recitó unos versos que el mismísimo Facundo Quiroga, el que habría reclutado al marido de la Difunta, le habría escrito a la mujer que desdeñó su amor y que se encerró en un convento para escapar del montonero: "Ocho provincias tengo/ bajo mi mando/ y dominar no puedo/ tu amor, ingrata." Esa fue la única experiencia, combinada con estética rural, en que tuve contacto (sólo lejano e indirecto) con la Difunta.

La historia interesante es la del taxista. En un viaje que hice de la terminal de ómnibus al hotel en la ciudad de San Luis, cuando yo impartía un seminario en la universidad, me contó el hombre que años atrás había llevado unos pasajeros que pretendían cumplir una promesa hecha a la Difunta. Después de un viaje de tres o cuatro horas, llegaron a destino y los creyentes transportados le pagaron el costo del servicio. El taxista comió y bebió en una fonda cercana, pero parece que sobre todo bebió. "Era un vino sanjuanino muy pegador", me confesaría en el breve trayecto que lo contraté. Y después de la libación se echó a dormir en el asiento de su automóvil, con la puerta abierta para mitigar el calor seco de la siesta en el desierto. Según me dijo, en su profundo sueño nunca se dio cuenta de que alguien le birlaba la cartera con el producto de su trabajo. En esas circunstancias despertó. ¿Quién podría identificar al ladrón en medio del animado gentío que se movía entre los altares de tanta devoción? Al desconcierto inicial siguió la preocupación. El combustible del carro era insuficiente para recorrer los algo más de doscientos kilómetros que lo separaban de su casa. Acicateada por el susto, su mente se recuperó con rapidez de las brumas etílicas que la confundían. Lo único que se le ocurrió fue encomendarse a la Difunta. Por casualidad, en su vagar sin rumbo se acercó al altar donde los promesantes depositaban su ofrenda en efectivo. E hizo una solemne promesa. "Te juro, virgencita", dijo en su desesperación, "que voy a tomar justo la cantidad que necesito para cargar el tanque. Apenas pueda vengo y te lo devuelvo, hasta con intereses, para que sientas el inmenso agradecimiento que me has despertado."

Esperó a quedar solo en la pequeña habitación y para su suerte nadie lo vio cuando recogía los billetes. Hubiera sido muy difícil para él explicar su honesto pedido de auxilio y la extrañísima promesa de regresar a devolver la suma prestada, y además con intereses. Todo marchó bien y él regresó sin inconvenientes a San Luis.

"El problema, señor, es que los humanos somos muy descuidados...", aseveró en tono de sentencia irrefutable. "Para peor de males, a los pocos días operaron de urgencia a mi hija. El asunto, para ser breve, es que yo me olvidé de mi promesa. Pasaron los meses y de nuevo me vino a la mente el compromiso que había hecho. Bastante ayuda me había prestado la Difuntita cuando yo la necesité como para que después la defraudara".

"Me acuerdo de que había ido al Trapiche con unos turistas. Regresaba por el medio del campo solo con mis pensamientos y de pronto una pobre viejita que me hace señas en el camino. Toda vestida de negro, pensé que era una viuda. Ya ve que la gente de campo guarda el luto hasta por varios años. Me han contado que en España son tres años. Me paré y le dije que subiera. A uno le gusta hacer actos de caridad cuando le mueven el corazón y además nada se pierde con ayudar a un semejante. Vaya a saber si esta mujer tenga con qué pagarme, me dije para mis adentros. No importa, la llevo gratis. Se acomodó en el asiento de atrás y con una voz suave pero firme me dijo que pusiera a funcionar el taxímetro. Le respondí que no, que la llevaba gratis. Le pregunté hasta dónde iba. Como si no me hubiera escuchado, insistió en que pusiera el taxímetro. Nomás por no contradecirla, lo eché

a andar, pero yo seguía pensando en no cobrarle. Ya hasta la trataba de abuela, así con cariño. Por el acento no la ubicaba, no era de por aquí. Ella no apartaba sus ojos negros del taxímetro. Yo me imaginaba que estaba contando sus monedas para ver si le alcanzaba. De pronto, en un sitio totalmente despoblado, no había un alma por ahí, me indicó que parara. Ya me bajo, dijo. ¿Aquí, abuela? Si quiere la llevo más lejos, no importa si no completa para la tarifa. Con la misma firmeza que me había hablado antes, dijo que allí se quedaba. Detuve el auto. Preguntó cuánto marcaba el taxímetro, se lo dije, y ahí me quedé congelado. “Estamos a mano, ya me has pagado lo que me debías”, escuché que decía al mismo tiempo que cerraba la puerta después de bajarse. Yo estaba al volante, mirando hacia adelante, ahí es un camino muy recto, pero en ese momento pegué un brinco y me di vuelta para mirarla. Y usted no me va a creer, pero había desaparecido. Nadie, nadie, sólo pude ver las ramitas que se movían por el viento chorrillero que estaba corriendo. Pero de cristianos, nada. La cantidad del taxímetro ya no la recuerdo, pero era la misma que yo había pedido prestada más el cincuenta por ciento, lo que yo había pensado dejarle por la promesa que hasta entonces no había ido a cumplir. Fíjese, nomás, tuvo que buscarme ella en persona”.

